

dad que han querido adjudicarse, independientemente, ambos poetas, tal vez con más razón el chileno. En todo caso, si fué discípulo lo fué de manera transitoria. Además, casi, por no decir todos los escritores, cuando empiezan son discípulos de alguien. En el tono que lo apunta Evaroix (pág. 25), da entender que todavía lo es.

De todas maneras, este pequeño libro intenta fijar algunas ideas generales respecto a la literatura continental y destacar algunos de sus representantes. No lo ha conseguido sino muy parcialmente, pero el esfuerzo debe señalarse.—A. T.

<https://doi.org/10.29393/At147-213GKPC10213>

POETISAS DE CHILE Y URUGUAY, por *Estela Miranda S.*, Editorial Nascimento. Santiago

Con simpatía y entusiasmo, la poetisa Estela Miranda estudia en este libro seis poetisas: tres chilenas y tres uruguayas. ¿Por qué tres chilenas y tres uruguayas?

Sin hacer mayor hincapié en esto, ni en el plan general de la obra, diremos que la autora, después de echar una mirada preliminar al paisaje subjetivo y objetivo de la poesía femenina, lejos y cerca de sí, coge el vidrio de aumento de su entusiasmo y examina en primer término a la poetisa Gabriela Mistral, estrella de primera magnitud en el cielo lírico americano, cuya irradiación «arcangélica» contempla largamente; nos habla en seguida con amor de María Isabel Peralta, delicada y titilante luz que se nos apaga apenas acabada de llegar; de María Monvel, cuya fuerza no sabemos graduar bien, porque brilló en el mediodía esplendoroso de nuestra poesía; y siguiendo hacia el oriente la raya austral de la eclíptica, nos muestra allá a María Eugenia Vaz Ferreira, esquiva y casi uraña, como el Alfa del Centauro; se detiene fervorosamente ante Delmira Agustini, la otra estrella de primera magnitud en cualquier cielo, que, aun-

que apagada ya materialmente, su purpúrea luz seguirá brillando, tanto como la luz blanca de la Mistral; y termina, al fin, su mirada en la graciosa y bíblica Juana de Ibarbourou, que sería, no obstante su inocente paganismo, como una nueva estrella de Belén. Esta es la impresión «astronómica», digamos, que nos deja la lectura de «Poetisas de Chile y Uruguay».

La exposición que hace la autora, en estos ensayos, ahonda detallada y sistemáticamente en la psicología de cada poetisa, y está saturada a su vez de simpatía. De simpatía y comprensión. Las estudia con detenimiento, particular y comparativamente: las clasifica en sus respectivos aspectos subjetivos y formales; e interpreta rigurosamente la obra lírica de cada una de ellas. Pero, a esa saturación simpático-intelectiva, se opone a nuestro parecer, una «sobresaturación» de ejemplos, de citas y de interpretaciones. En este punto, nos habría gustada algo más panorámico también, algo menos anatómico. La autora, con abundosa minuciosidad, insiste demasiado en los aspectos secundarios, quiebra las definiciones y multiplica las citas y ejemplos.

Así la imagen de cada poetisa se nos presenta como esas imágenes reflejadas por un espejo de muchas caras, las que, aunque al final se junten, dejan siempre una perceptible zona de discontinuidad. En vez de insistir tanto en los matices y reduplicar las citas, bien pudo darnos de vez en cuando poesías completas que reprodujeran de una manera completa algún aspecto capital de cada autora. Pagó tributo en eso (al revés de lo que algunos críticos le han censurado) a un principio quizás demasiado sistemático. De ahí que a veces la interpretación de algún aspecto lírico o de alguna poesía completa se le desvíe o se le escape, como se advierte en el estudio que hace de la «emoción religiosa» de la Mistral, por algunos versos aislados, en los que le niega implícitamente todo sentimiento místico:

«Se apagó (?) el Cristo en mi pecho».

.....
 «¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?»

.....
 «¡Llevo abierto también mi costado
 y no quieres mirar hacia mí!»

(Págs. 33 y 34).

No advierte que, desglosados de la poesía completa pierden, en el sentido relativo, el sentido absoluto, como lo perderían los cuatro primeros versos del famoso soneto de Santa Teresa de Jesús, si se considerasen aisladamente:

«No me mueve, mi Dios, para quererte,
 el cielo que me tienes prometido;
 ni me mueve el infierno tan temido
 para dejar por eso de ofenderte».

Por lo demás, estas expresiones son sólo de valor retórico u oratorio en la mística. Nosotros no pretendemos que la Mistral sea una poetisa que arde en la llama del misticismo, ni mucho menos; pero tiene acentos de divina unción, como los de estos versos que también la autora cita:

«Mientras los otros siguen llámándote justicia,
 no te llamaré nunca otra cosa que amor».

(Pag. 35).

Del estudio que Estela Miranda hace de estas seis poetisas, y también por lo que nosotros conocemos de ellas, se puede decir comparativamente que la Mistral es la única que se singulariza (no consideremos a María Isabel Peralta, por su tránsito fugaz; ni a la Vaz Ferreira, que no es erótica) en el acento lí-

rico amoroso. La Gabriela Mistral canta el amor, es cierto; el amor humano ardiente, doliente, inmenso, cuasi divino; canta el amor divino, cuasi humano; pero canta el amor. Casi nos atreveríamos a decir que su inspiración tiene algo de un misticismo panteísta. En cambio, las otras poetisas no cantan tanto el amor como los aspectos y los efectos del amor; no les gusta tanto el vino como la embriaguez del vino; y embriagadas de lirismo erótico, se desnudan ante nosotros; desnudan su cuerpo y su alma con un arte sensual y fascinador, y nos arrebatan y se dejan arrebatarse a sí mismas en el torbellino de fuego de su inspiración. Y, como las poetisas de este libro, todas, o casi todas las poetisas modernas, que en lo sensual, algunas llegan hasta más allá de lo sexual. No han dejado íntimo secreto lírico que no nos hayan mostrado, y lo que es más, nos han mostrado también casi todos sus secretos de mujer. A veces, es cierto, con un valor estético indiscutible, con algo de demoníaco y sublime, como en la Delmira Agustini.

¿Gana o pierde la poesía femenina actual con todo esto? Es cuestión de límite. Y de talento o genio.

Bien. Este libro de Estela Miranda sería completo o casi completo en su índole (¿qué libro en este género lo es?), si la autora hubiese analizado más acuciosamente— a la inversa de lo que hizo con el fondo—, la forma o técnica de cada poetisa, la que en algunas de ellas, como la Mistral, la Delmira Agustini, y aun la Ibarbourou, es tan estéticamente interesante. Aparte de esa minuciosidad expositiva y de lo fragmentario de la construcción, que le resta algo de solidez y ponderación total, tiene el mérito de estar escrito en una forma clara, correcta y hasta amena. Es un libro que vale. Además, en él se ha estudiado con honradez y cariño y comprensión, a cada una de las poetisas que lo completan; cosa que, por lo insólita, es otro mérito.—GUILLERMO KOENENKAMPF.